

VIDA DE MARIA EN EL TEMPLO

DÍA SEIS

ARTICULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Filiæ Jerusalem, nuntiate dilecto meo quia amore langueo.

Cantic, V, 8.

Totus desiderabilis dilectus meus, et ipse est amicus meus.

Ibid., V, 16.

Sub umbra illius quem desideraveram sedi; et fructus ejus dulcis gutturi meo.

Ibid., II, 8.

Fulcite me floribus, stipate me malis quia amore

Ibid., 5.

Læva ejus sub capite meo, et dextera illius amplexabitur me.

Ibid., 6.

Dilectas meus mihi et ego illi qui pascitur inter lilia.

Ibid., II, 16.

Inveni quem diligit anima mea, tenui eum nec dimittam.

Ibid., III, 3.

Ego dormio et cor meum vigilat.

Ibid., V, 2.

Vos dilacti mei pulsantis: aperi mihi soror mea, amica mea columba mea, immaculata mea.

Ibid., 3.

Præcepit mihi qui creavit me; et in habitatione sancta coram ipso ministravi:

Eccli., XXIV, 12 y 14.

Quasi cypresus exaltata sum in monte Sion, et quasi terebinthus extendi ramos meos, et rami mei honoris et gratiæ.

Ibid., 22.

Ego sicut oliva fructifera in domo Dei; speravi in misericordia Dei.

Psal., LI, 10.

Inmortalitas est in cognatione sapientiæ et præclaritas in communicatione sermonum ipsius.

Sap., VIII, 17.

Dominus abscondit me in tabernaculo, suo protexit me in abscondito tabernaculi sui.

Psal., XXIV, 5.

Dabitur illi fide donum electum, et sors in templo Dei acceptissima; bonorum enim laborum gloriosus est fructus et quæ non concilat radix sapientiæ.

Sap., III, 14.

Propter innocentiam suscepisti me, Deus, et confirmasti me in conspectu tuo in æternum:

Psal., XL, 13.

Cura disciplinæ dilectio est, et dilectio custodia legum illius est; custoditio autem legum consummatio incorruptionis est, incorruptio autem facit esse proximum Deo.

Sap., VI, 19.

Cognosce justitias et judicia Dei, et sta in sorte propositionis et orationis altissimi Dei, in partes vade in seculi sancti, cum vivis et dantibus confessionem Deo.

Eccli., XVIII, 24-25.

Exaudi, Domine, vocem deprecationes meæ, dum oro ad te; dum extollo manus meas ad templum sanctum tuum.

Psal., XXVII, 2.

In toto corde meo exquisivi legem tuam.

Psal., CXVIII.

Ducam eam in solitudinem et loquar ad cor ejus.

Os., II, 14.

Justorum semita ut lux splendens procedit et crescit usques ad perfectum diem.

Prov., LV, 18.

Prævenerunt oculi mei diluculo, ut meditarer eloquia tua.

Psal., CXVIII.

Digne Deo per omnia placentes, in omni opere bono fructificantes.

Coloss., I, 10.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. Para contemplar mejor á Dios, necesita nuestro espíritu de la soledad; el ruido de la muchedumbre nos distrae, y la contemplación requiere el recogimiento. (*Aug. Tract. 17. in Joann.*)

II. Quisiera no ocuparme sino del cuidado de entregarme enteramente á Aquel á quien pertenece cuanto hay en mí. (*Ibid. de Quant. anim.*)

III. No moraba la virgen en la parte más santa del templo, sino que su alma se elevaba á lo más alto de los cielos. En el santo asilo en que vivía superaba á todas sus compañeras en amor y pureza. (*Gorgius Nicomed. in. orat. de Præs. B. M. V.*)

IV. He aquí cómo empleaba la Virgen el día en el templo. Desde que amanecía hasta la hora de tercia estaba en oración; de la hora de tercia á la hora de nona se ocupaba en trabajos de manos; pasado este tiempo oraba de nuevo hasta que llegaba á su habitación el ángel que le llevaba el alimento. Su frugal comida no servía sino para hacerla trabajar con más ardor en consagrarse al culto de Dios. Era la primera que cumplía con lo prescrito por la ley, á cuyo estudio se dedicaba afanosa, y la que con más instrucción y sabiduría se dedicaba á entonar los cánticos de David. La primera en ejercer la caridad, era entre todas sus compañeras la que practicaba más perfectamente todas las virtudes. (*Hier. Apud. S. Bonavent. in Medit. vit. Christi.*)

V. Su carácter era siempre igual y nunca se manifestó en su semblante la menor señal de desagrado. Eran sus palabras tan dulces, que al oír la hablar se concebía que Dios le inspiraba cuanto decía. Se complacía en orar y estudiar la ley. Cuando estaba con sus compañeras, cuidaba atentamente de que no se pronunciasen ni una sola palabra que no fuese conveniente; hablaba suavemente y jamás pronunciaba una palabra ni hacía la más ligera indicación que pudiera herir la susceptibilidad de las demás. (*Id. Ibid.*)

VI. Estaba en continua conversación con Dios, y para no distraerse de esta ocupación, cuando alguno le hablaba ó la saludaba contestaba siempre: «Demos gracias

á Dios.» No tomaba otro alimento sino el que le proporcionaba un ángel, y repartía entre los pobres el que le mandaban los sacerdotes del templo. Se la oía hablar todos los días con el ángel que la servía, con la sencillez con que se habla con una madre ó con una hermana. (*Id. Ibid.*)

VII. Después que hubo nacido esta niña de una madre estéril, como brota un fruto inmortal de un tronco seco, sus padres tomaron esta tierna y única flor para ofrecerla á Dios en el templo. Penetremos en este *Sanctus Sanctorum*. No hace la niña más que nacer, cuando dejando sus pañales y el seno de su madre, Dios se la atrae para educarla desde su infancia como si hubiese formado ya con ella una alianza íntima. (*S. Andr. Cret. orat. 1 de Nat. B. M. V.*)

VIII. ¡Oh prodigio inaudito! Una simple criatura goza en la tierra del privilegio de habitar el *Sanctus Sanctorum*; los ángeles la sirven y recibe del cielo el alimento. No sólo debía habitar en el lugar más sagrado del *Sanctus Sanctorum*, sino en el mismo cielo. Digna era, no sólo de que la sirvieran los ángeles, sino millares de espíritus bienaventurados, porque llevó en su seno á Aquel ante quien se cubren con sus alas esos espíritus. (*Hom. Georg. Nicomed. in Præsent. B. M. V.*)

ARTÍCULO II

PLAN Y ASUNTO

Cum essem parvula placui Altissimo. (Brev. rom.)

¿Cuál es la joven que ha hablado de esta manera? ¿Cuál es la que, sin herir las santas leyes de la humildad, ha podido manifestar al mundo que desde su primera edad consagró su corazón al Señor y desde entonces halló gracia ante Dios? Ni es Judith, ni tampoco Esther..... Es Ma-

ría; sólo ella ha podido llenar todo el sentido de estas palabras. No le basta con haber sido concebida sin pecado. Este privilegio la hizo agradable á Dios. María lo sabe, pero quiere agradarle por medio de un sacrificio cuya voluntad la convierta á la vez en sacrificador y en víctima. Quiere sacrificar voluntariamente su infancia al Señor y hace desde esa edad el voto de no vivir sino por Él.

Debemos inmolarnos á ejemplo suyo.

I. Esta inmolación es gloriosa á Jesús:

1º Porque exige mucha resolución, y más ánimo que para volver á Dios como el pródigo después de su descarrío. Los placeres mundanos acaban por saciarnos, nos convencen de que son impotentes para procurarnos el bienestar y nos ocasionan remordimientos que nos hacen volver á Dios.

2º Porque es la prueba de un grande amor. Amor puro. Dios ordenó en la antigua ley que se le sacrificara un cordero joven y sin mancha: *Agnus anniculum, immaculatum*. ¿Qué gloria podía sacar de una ofrenda manchada, manchada por el crimen y hecha en su altar después de haber sido presentada ante el altar de Baál? Amor desinteresado. Nada lleva el pecador hacia Dios. El hijo tiene para ello un motivo poderoso: amar hoy lo que es infinitamente amable; amar al otro día y amar siempre lo que es sin cesar amable.

II. Esta inmolación es agradable á María, porque ve en ella el deseo de agradarla procurando imitarla.

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. En el templo, María era siempre la primera que se presentaba al altar llegada la hora de tributar homenajes al Altísimo. Era la que más conocimiento tenía de la ley, la que entonaba con más fervor los cánticos

de David, la más pura entre cuantas vírgenes la rodeaban y la más perfecta en toda clase de virtudes. Todas sus palabras respiraban pureza y suavidad. Dedicada a la oración y al estudio, brillaba en su frente la más perfecta tranquilidad y una calma inalterable. Un ángel le llevaba el alimento y ella repartía entre los pobres el que le ofrecían los ministros del templo.—(Ex verbis S. Hier. apud S. Bonav. in Melit. vit. Christ.)

II. La educación que María recibió en el templo fué tan cuidadosa y esmerada, como lo permitían los conocimientos de la época y las costumbres de los hebreos: ella se versó principalmente sobre las labores domésticas, de las que no se dispensaban ni las esposas ni la hija de César Augusto en su palacio imperial y en medio de las delicias de Roma. Nutrida en la estricta observancia de las leyes de Moisés, y conformándose con las costumbres de su pueblo, María se levantaba al canto de los pájaros, *la hora en que los ángeles milos cantaban y en que las oraciones son acogidas más favorablemente.* Vestíase con extremada decencia por respecto á la gloria de Dios, que todo lo penetra y ve las acciones del hombre aun en medio de la noche más sombría; y después daba gracias al Señor por haber añalido un día más á su existencia y haberla preservado durante el sueño de las acechanzas del espíritu del mal. Su atavío no era minucioso ni estudiado: ella no llevaba ni brazaletes de perlas, ni cadenas de oro *marcadas de plata*, ni túnicas de púrpura como las hijas de los príncipes de raza. Un vestido color de jacinto con vivos suaves y aterciopelados como los de esta flor campastre; una túnica blanca ajustada con un ceñidor de puntas flotantes; un largo velo cuyos pliegues arreglados sin arte, pero con gracia, se disponían de modo que podían cubrir pronta y completamente el semblante; en fin, un calzado sencillo y conforme al vestido, componían el traje oriental de María.

Después de las abluciones de costumbre, la Virgen, sus compañeras y las piadosas matronas que eran responsables á Dios y á los sacerdotes de aquel depósito sagrado, se dirigían hacia la tribuna rodeada de balcones, á donde las almas ocupaban el asiento de honor. El sol empezaba á dorar con sus rayos naciescentes las montañas lejanas de la Arabia; el águila giraba en torno de la nube: el sacrificio ardía sobre el altar de bronce al toque de las trompetas matinales, y María, con la cabeza inclinada bajo de su velo, después de haber repetido las diez y ocho oraciones de Esdras, pedía á Dios con todo Israel, aquel Mesías tan prometido y que tardaba tanto en venir.

«¡Oh Dios! que vuestro nombre sea glorificado y santificado en este mundo, que habéis creado según vuestra soberana voluntad: *haced reinar vuestro reino*; que la redención florezca y que el Mesías venga prontamente!»

Y el pueblo respondía en coro: «¡Amén! ¡Amén!»

Se cantaban en seguida los últimos versículos de aquel bellissimo salmo que se atribuye á Ageo y Zacarías:

«El Señor liberta á los que están entre cadenas; el Señor ilumina á los que están ciegos.»

«El Señor ensalza á los que se humillan: el Señor ama á los que son justos.»

«El Señor resguarda á los extranjeros: Él tomará bajo su protección á la viuda y al huérfano, y destruirá la senda de los pecadores.»

«El Señor reinará en todos los siglos: tu Dios ¡oh Sión! reinará en todas las razas.»

La lectura del *SHEMA* y la bendición del sacerdote ponían término á esta oración pública, que se hacía por la mañana y por la tarde.

Después de haber llenado con indecible fervor este primer deber religioso, María y sus jóvenes compañeras volvían á sus acostumbradas ocupaciones. Las unas hacían girar rápidamente entre sus ágiles dedos los huesos de cedro ó *ithel*, las otras mizaban la púrpura el jacinto y el oro sobre el velo del templo, ó en los ricos cinturones de los sacerdotes; en tanto que algunas, inclinadas sobre un telar sidonio, se dedicaban á ejecutar las variadas labores de esos magníficos tapices que le valieron los elogios de todo Israel á la mujer fuerte, y que celebra el mismo cantor de Ition. La virgen aventajaba á todas las jóvenes de su nación en esas hermosas obras tan apreciadas de los antiguos. San Epifanio nos dice que Ella sobresalía en el bordado, y especialmente en el arte de trabajar sobre lana, viso y oro.—(Orsini, *La Virgen*).

III. La Providencia que había elevado á David, de la condición de pastor, hijo de Jessé, al trono de Israel, y que tanto había enaltecido la gloria de su hijo Salomón, debía dejar caer nuevamente á su remota posteridad en esa oscuridad de su condición primera en que tomamos á encontrarla en María, no sólo á causa de la elección que debía el hijo de Dios hacer de la pobreza y la humildad, las cuales venía á consolar y enseñar en la tierra, sino para hacer brillar oivamente la omnipotencia que de tal oscuridad y bajeza, debía producir al glorioso *Reino que han venido á adorar todas las naciones, y á quien ofrecen hoy sus plegarias.*

En condición tan abyecta, María abrigaba una alma más que regia, un alma angélica, divina. Nunca princesa, ni joven nacida en los palacios de los más potentes monarcas recibió educación tan superior ni reportó de ella frutos más dignos. En efecto, María, según lo hemos mostrado, tenía por maestro á LA GRACIA y por preceptor al VERBO; al Verbo que educaba El mismo á su Madre y la formaba para este divino destino. La gracia es una educación infusa que no destruye á la naturaleza, sino que la eleva y enriquece. ¿Quién no ha visto alguno de estos discípulos de LA GRACIA, que, en las condiciones más vulgares de la sociedad, ofrecen toda la flor de sentimiento, toda la nobleza de carácter, toda la distinción de conducta y aun de modales que se encuentran apenas en las clases más elevadas? Pues ¿qué no debía ser María, LLENA DE GRACIA desde su concepción, formada por el feliz maridaje de todas las virtudes mucho mejor de lo que lo hubiera sido por las Musas; enriquecida con todos los dones del Espíritu Santo para ser su templo; dotada de todas las inspiraciones de la eterna sabiduría para ser su morada; alumbrada, en fin, con todos los resplandores de lo alto por el Padre de las luces para ser su Hija y la Madre de su Hijo?

«Así la joven María, dice el ángel de la escuela, crecía más en gracia que en cuerpo, y cuantos momentos se añadían á su vida, otras tantas gracias se aumentaban.» *Crescebat enim puella gratia magis quam substantia. Totidem momenta, totidem erant gratiarum crementa.*—(Nicóls, *La Virgen y el Evangelio*, cap. VII).

IV. Tened sin cesar ante vuestros ojos á la bienaventurada Virgen, para que véais en ella, como en un espejo, la imagen de la castidad y un modelo de virtud. Esto podrá servirnos para normar vuestra conducta en esos maravillosos ejemplos que son como otras tantas lecciones prácticas de virtud. Esos ejemplos os demostrarán lo que debéis hacer. Según es la virtud y el saber del maestro, así son los esfuerzos del discípulo para imitarle. ¿Puede haber algo más noble que la Madre de Dios? ¿Puede haber algo más ilustre que la que fué escogida por el esplendor soberano? ¿Puede haber algo más casto que la virgen que engendró el cuerpo sagrado de Jesucristo? Ninguna mancha la oscurecía y todo en ella era perfecto.

No solamente era virgen de cuerpo, sino de espíritu, y ninguna causa alteraba sus sentimientos. Humilde de corazón, grave en sus palabras, sabia y prudente en sus consejos irreprensible en su conducta, hablaba poco y se dedicaba sin cesar á la lectura, confiando, no en las riquezas inseguras percederas sino en la oración del pobre. Trabajaba sin cesar, conversaba modestamente y ponía por juez y árbitro de sus acciones no á la criatura, sino á Dios. A nadie ofendía, deseaba bien á todos, respetaba en gran manera á los que tenían más edad que ella; nunca fué envidiosa de las demás, ni vanidosa. La razón era su guía y la virtud su modelo.

Jamás permanecía donde pudiera turbarse la dulce paz y la armonía. Sus miradas eran suaves, dulces sus palabras y todos sus movimientos respiraban dignidad. Noble en su porte, sencilla en su postura, su exterior era una imagen fiel de la virtud de su alma. Era sobria en sus alimentos y rica en cualidades. Cuando estaba sola obraba como si se hallara en presencia de todos. (S. Ambrosio, *de Virgo*, lib. II, cap. II).

V. El recinto del templo de Jerusalem, llamado con razón «la casa de Dios» no sólo contenía los lugares consagrados y la habitación de los sacerdotes y levitas que por turno desempeñaban el servicio de los altares, sino que había en ella además una habitación piadosa en la que se educaban en la observancia de la ley las niñas que consagraban á Dios la flor de sus más tiernos años. Se dedicaban al estudio de la ley santa y al adorno del templo.

Ochenta días después de su nacimiento fué llevada María por primera vez al templo por Joaquín y Ana, que no se conformaron con hacer la oblación ordinaria, sino que consagraron su hija al Señor, prometiendo llevarla de nuevo al templo desde que llegase á la edad en que pudiese ser admitida entre las «Almas.» Terminada la ceremonia regresaron á Nazareth con su hija. María fué durante tres años la delicia de sus padres. Pasado este tiempo regresaron á Jerusalem con ella para cumplir el compromiso que con el Señor habían contraído; y el sacerdote Zacarías, padre de Juan, según algunos aseguran, fué el que recibió á María de los brazos de Ana y de Joaquín y el que la llevó entre las demás jóvenes que estaban

en el santuario. Es de creer que fué admitida gratuitamente, como un especial favor concedido á su grandeza deprimida.

Sólo vos, Dios mío, sabéis lo que pasó entonces en el corazón de esa hija privilegiada de la gracia. Me complazco en suponer que, en virtud de su immaculada concepción, estuvo exenta María de las enfermedades intelectuales y morales propias de la infancia, y que comprendió por lo tanto toda la dignidad de su sacrificio; comprendió todo el mérito de una vida que se consagra por completo al Señor; y dotada su alma desde un principio de una viva luz, se unió con los lazos más dulces é inocentes con el que desde la eternidad la prefirió á todas las criaturas; así como también antes de comprender el alto destino que le estaba reservado se mostró digna de él, porque crecía en amor ante Dios, y en edad y sabiduría ante los hombres.

San Ambrosio, el más devoto siervo de María, es quien nos ha trazado en unas cuantas líneas el retrato que vimos en el número anterior.

Añaden los padres á lo anteriormente dicho que sobresalía en las faenas propias de su sexo y especialmente en los trabajos de lana, lino y bordados de oro, plata y seda. En recuerdo de esto se estableció antiguamente la costumbre de que le ofreciesen las desposadas una rueca adornada con cintas de púrpura y lino. Por el mismo motivo se dió el nombre de hilo de la Virgen á esas telarañas blancas y finísimas que casi aéreas cruzan los valles en las vaporosas mañanas del otoño.

¿No es verdad que nos admira la pecocidad de esa niña que debe empuñar un día el cetro del Universo? ¡Oh ingenua sencillez! ¡oh infancia sin puerilidad! ¡Oh vida envidiable por los mismos ángeles! Nunca recibió el cielo oraciones tan puras como las que debían procurar á la tierra un Salvador. Así crecía en los designios de Dios en edad y sabiduría la madre del Verbo y la reina de los cielos.—(Mgr. Pavy, obispo de Argel, *Mes de María*).

ARTÍCULO V

PLÁTICA VI

EL CULTO DE MARÍA ES FUENTE DE VERDAD

Una semana hemos empleado procurando presentaros en un sólo manojo todas las pruebas exteriores que hablan en favor del culto de María. Tiempo es ya de que penetremos en el santuario que sólo hemos recorrido exteriormente, para que nos convenzamos de que es digno

de admirarnos y de atraerse nuestro respeto. Véamos qué cosa es ese culto que tanto desagrada á los malos y tan grato es para los cristianos. Si es falso, vicioso y merece que se le rechace, con razón repugna hasta á los impíos; y ni siquiera las almas rectas podrán admitirle. Pero si por el contrario, semejante á la mujer que ensalza, lleva en su seno la luz de la verdad, corona su frente una aureola de hermosura y la cubre la virtud con su manto, ¿quién se atreverá á condenarle y arrancarle de entre nosotros? Oíd y juzgad, hermanos míos. La historia nos demuestra que durante una larga serie de siglos el hombre consideró á la mujer muy inferior á él, y la envileció hasta el grado de no concederle un puesto de honor en el hogar doméstico. Vista simplemente como objeto de placer ó de necesidad pasajera, desde que perdía sus naturales encantos ó no servía ya para dar de mamar á sus hijos, se la desdeñaba y arrinconaba. Los paganos traficaban con ella como si fuera una bestia, y hasta los mismos judíos, el pueblo de Dios, permitían que un hombre tuviese muchas mujeres. Ricas algunas, hermosas y emprendedoras, lograban algunas veces convertir al hombre en esclavo suyo; mas al hallarse en el ocaso de su hermosura se veían arrinconadas y desdeñadas hasta por los mismos esclavos que las habían servido. Unas veces la colocaban las pasiones de sus adoradores en el pedestal de la dicha y de los honores, y otras las envilecía el desdén hasta cubrir las de oprobio. No parecía sino que había nacido para degradar al hombre ó ser por él degradada. No era la compañera amante y cariñosa del hombre, la que toma parte en sus penas y parte con él sus alegrías; no era, no, el ángel del hogar. ¿Por qué no ocupaba pues, en el seno de la familia y de la sociedad, el lugar que le correspondía? Porque los pueblos al perder la luz de la revelación primitiva, no olvidaron que pesaba directamente sobre la mujer la maldición de Dios. Por es-

to la despreciaban y no recordaban que la que había sido el instrumento de nuestra ruina debía ser la causa de nuestra reparación.

Era preciso, para que la mujer ocupara su lugar, que apareciera María la Eva reparadora y sin mancha, María, manantial del que debía brotar una nueva raza de vivos. De María recibieron los hombres á Jesucristo que les redimió, y entonces conocieron lo que debían á esta mujer, á la que dieron el lugar preferente y que ocupa hoy en la sociedad cristiana.

Respecto al autor de esta resurrección de la Verdad sobre la mujer, ¿es acaso de admirar el que haya venido á ser objeto de un culto tan merecido? Este culto garantiza siempre al que le tributa, y no podemos menos que aplaudiros al venir con tanto entusiasmo á honrar á María. No hacéis sino pagarle una deuda de gratitud, porque nos recordáis que á *Una* de vosotras debemos una vida, que, sin ella, nada sería en la tierra.

Bajo este punto de vista [que es por cierto inferior y material] podemos decir que el culto de María sostiene la verdad en el mundo, y no podíamos dejarlo pasar desapercibido. Pero remontémonos como los poetas un poco más alto.

La verdad, vista bajo el punto más elevado y práctico en la tierra, es lo que conocemos con el nombre de fe, que es la luz sobrenatural de la inteligencia, cuya pérdida ha hecho derramar abundantes lágrimas á algunos de los grandes hombres del siglo. Un sacerdote de mucho talento recogió algunas de ellas en las hojas de un libro al que dió el título de: *Las víctimas de la duda*. Las hemos leído y nos han parecido muy tiernas, pero carecen de fe, precisamente porque no se habla en ellas de María.

A fines del año de 1841 existía entre la gente del gran mundo un joven rico que estaba próximo á contraer un ventajoso enlace. Ese joven era judío y profesaba un

gran odio á la religión católica. Se llamaba el conde de Ratisbona. Un amigo suyo que tenía gran empeño en convertirlo á la fe cristiana, le rogó empeñosamente que usara una medalla de la Santísima Virgen. El señor de Ratisbona aceptó riendo el talismán, en el que tenía poca ó ninguna fe, y sin embargo, pocas horas después se había convertido. ¿Cómo se efectuó su conversión? Dejemos que nos lo cuente él mismo. «La curiosidad, dice, me hizo entrar en Roma en una Iglesia, y de repente me sentí conmovido de un modo inexplicable. Levanté los ojos y nada veía; el templo mismo había desaparecido. Sólo una capilla se atraía mis atónitas miradas, y en medio de ella, espléndida la luz, brillaba en medio del altar la imagen de la Virgen María, tal como estaba impresa en la medalla que mi amigo me diera. Yo no sé qué fuerza misteriosa me empujaba hacia la sagrada imagen que parecía decirme: «Muy bien; hijo mío.» *La imagen no me habló, pero comprendí lo que quería decirme.* Desde ese momento habló el señor de Ratisbona de la presencia real como quien cree en ella desde el fondo de su alma, ó por mejor decir, como el que la siente. Por María penetró en él la verdad católica.

Uno de sus correligionarios, llamado Hermann, músico y poeta á un mismo tiempo, que murió poco después vistiendo el hábito religioso en Prusia, pasó del judaísmo á la fe católica, debida su conversión á una causa análoga. Tocaba un día en una orquesta en una función del mes de María, y sintió que una fuerza irresistible le obligaba á doblar la rodilla ante la hostia de Jesús. Cuando se puso en pie, no era ya judío ni libre pensador; era un cristiano deseoso de comulgar.

Al presentarse á nuestra memoria estos dos ejemplos, no hemos podido prescindir de relatarlos, porque no son aislados, y no son sino unos de tantos que nos presenta la historia para enseñanza de la sociedad. Dirigid la vis-

ta alrededor vuestro y decidme si hay alguno que conserve la fe desde que ha dejado de tributar culto á María. Los cismáticos y los herejes luchan con la duda y la indecisión porque han perdido la estrella de la verdad, que es María, nuestra Madre, á la que nunca amaremos bastante.—Así SEA.